

A finales del año pasado, editorial Era publicó un libro pensado para la posteridad estu-
diosa.

El totalizante y sopesado estudio biográfico del general Felipe Ángeles que Gilly preparó por largo tiempo sorprendió a recién llegados al tema y especialistas por igual. Este sobrevuelo diligente que exponemos a nuestros lectores es una pauta solo de lo que a este ensayo en torno a otro capítulo de la Revolución mexicana –inmenso e ineludible– le espera en cuestión de recepción.

Felipe Ángeles. El Estratega

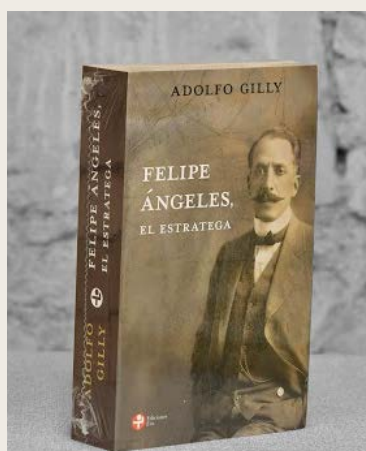
TELÉSFORO NAVA VÁZQUEZ

Profesor Titular C, Tiempo Completo, UAM-I.

En el prefacio a *El profeta desarmado*, segundo volumen de la trilogía sobre Trotsky, Isaac Deutscher anota:

Carlyle escribió una vez que, como biógrafo de Cromwell, había tenido que sacar al Lord Protector de bajo una montaña de perros muertos, una enorme carga de calumnias y olvido. Mi tarea, como biógrafo de Trotsky, ha sido un tanto similar...

Adolfo Gilly en su investigación sobre el general Felipe Ángeles enfrentó una situación parecida, la cual comparte, con su pulido estilo literario, en “A manera de prólogo (1980)” de su monumental obra *Felipe Ángeles. El Estratega*:



Nunca me pareció fácil ubicar la figura del general Felipe Ángeles en la Revolución mexicana. Como es ley para los vencidos, el barniz opaco del silencio –tal vez la calumnia– lo ha cubierto a través de los años, los intentos de rescate han venido de voces aisladas; la última –a mi reconocimiento– la de la obra de teatro de Elena Garro (p.15).

Pero los largos años de acuciosa investigación, sumiéndose en bibliotecas, en archivos públicos y privados, en el país y en el extranjero, le aseguraron recuperar la información que le permitió reconstruir, y así “ubicar la figura del general Felipe Ángeles en la Revolución mexicana”.

Sin duda, como Carlyle y Deutscher, Gilly en primer lugar tuvo que quitar toda la basura (barniz opaco dice elegantemente el autor) con que se pretendió desaparecer el papel protagónico de primera magnitud del general Ángeles. De paso también ha desentrañado el por qué, a pesar de su relevante papel en la Revolución, el bloque sonorenses vencedor se avocó a purgarlo de la historia de aquella epopeya revolucionaria, de cubrirlo “con una montaña de perros muertos”, amén de difamarlo y por largo tiempo evitar que se publicara algo objetivo del general.

Este embrujo se rompió con la llagada del general Lázaro Cárdenas a la Presidencia, finalmente ya sin temores podían publicarse textos positivos sobre el general Ángeles. Pero después todavía tuvieron que pasar años, décadas, para que los investigadores se dieran a la tarea de profundizar en el conocimiento de esa figura y bosquejar un retrato de él lo más completo y documentado.

Adolfo Gilly cumplió con creces esa misión y al socializar el producto de su trabajo ha permitido que el público lector tenga por primera vez una explicación totalizadora del papel del general Ángeles en la Revolución mexicana. Entiendo el concepto totalizador en los términos de la dialéctica materialista, como escribe Karel Kosík en *Dialéctica de los concreto* (1967):



Pero, en verdad, la totalidad no significa *todos los hechos*. Totalidad significa: realidad como un todo estructurado y dialéctico, en el cual puede ser comprendido racionalmente *cualquier hecho* (clase de hechos), conjunto de hechos. Reunir todos los hechos no significa aún conocer la realidad, y todos los hechos (juntos) no constituyen aún la totalidad. Los

hechos son conocimiento de la realidad si son comprendidos como hechos de un todo dialéctico, esto es... que son concebidos como partes estructurales del todo.

Y esos hechos deben estar inscritos en las circunstancias en que se presentan, o sea en su contexto histórico, como parte de un todo. Como anota Marc Bloch en su *Apología de la historia* (1971): “un fenómeno histórico nunca puede ser explicado en su totalidad fuera del estudio de su momento”. Esa es una parte fundamental del método aplicado por Adolfo Gilly en la investigación sobre el general Ángeles, que por cierto es lo mismo que hace Isaac Deutscher con su biografía de Trotsky.

La luz que ilumina la vida del general Ángeles es su integridad y congruencia entre su pensar y su ser, sobre todas las cosas, cualidad que Gilly aborda especialmente en el último capítulo de la biografía, titulado “Felipe Ángeles camina hacia su muerte”. Ese es el hilo conductor que permite comprender la fidelidad que le brinda al presidente Francisco I. Madero a partir de su regreso de Francia el 1° de enero de 1912; de la misión-destierro encubierto a que lo había sometido la alta oficialidad del ejército federal, sobre todo por no encubrir y aceptar las prácticas corruptas que se practicaba regularmente. Casi de inmediato el presidente “le confió la dirección del Colegio Militar”. Eso abrió a que entre ellos se fuera estableciendo “una relación de amistad y confianza mutua” en los paseos a caballo “por el bosque de Chapultepec y otros alrededores de la ciudad de entonces”, en los que acompañaba al presidente, “largas fueron las conversaciones entre Madero y Ángeles...” (pp. 131-132)

Un año después, en los primeros días de 1912, el presidente “designó al general Ángeles jefe de la Séptima Zona Militar con sede en Cuernavaca” porque había decidido hacer un cambio radical en su política hacia el zapatismo, y retiró de esa función a Juvencio Robles, general sanguinario como pocos. A ese gran paso, lo acompaña con otro que resulta disonante, asciende a general de división a Victoriano Huerta (más arde lo nombra secretario de guerra), acción con la que pierde todo control sobre el ejército. Poco tiempo después, aunque ya muy tarde, comprenderá el gran error cometido.

La mirada crítica del historiador es penetrante y categórica: “El presidente persistía en sus inciertos juegos de equilibrio, hombre audaz en la acción e indeciso en la política, combinación fatal como pocos si de dirigir se trata.” (p.152). En marcha el golpe de la Ciudadela, el presidente Madero se dirige a Cuernavaca para regresar a la Ciudad de México al general Ángeles, con lo que evidencia la confianza que en él tiene.

El general hará todo lo posible, desde la misma Cuernavaca, de ofrecer las mayores garantías de seguridad al presidente. Sin em-



bargo, el jefe del ejército es Huerta, y Ángeles, como buen militar, está claro, pues en ese medio las jerarquías son verticales y acatadas sin ninguna objeción. Él y su tropa, a la que ha trasladado de Cuernavaca a la ciudad de México, quedan sometidos de facto al mando de Huerta, quien se encarga de inmovilizarlos e incluso diezmarlos.

Madero no hace nada para cambiar el estatus esencial del general Ángeles, lo deja subordinado al general golpista que se encargará de evitar que pueda hacer algo por el presidente. Gilly se pregunta y se responde: “¿Por qué no se sublevó Felipe Ángeles ante la evidente insensatez –en realidad felonía– de las órdenes de Huerta en la farsa de ataque contra la Ciudadela? La respuesta sólo puede ser una: por disciplina militar, por no dividir al ejército” (p. 719).

Aun así, la fidelidad de Ángeles hacia Madero se mantiene hasta el final, a costa, incluso, de su propia vida, como estuvo a punto de suceder. Es fidelidad a él mismo, a sus principios, uno de los baluartes del general Ángeles a lo largo de su vida, y Gilly destaca que la misma mantendrá con Pancho Villa. Congruencia, integridad y fidelidad a los principios, algo que se evidencia también es caro al autor de la biografía.

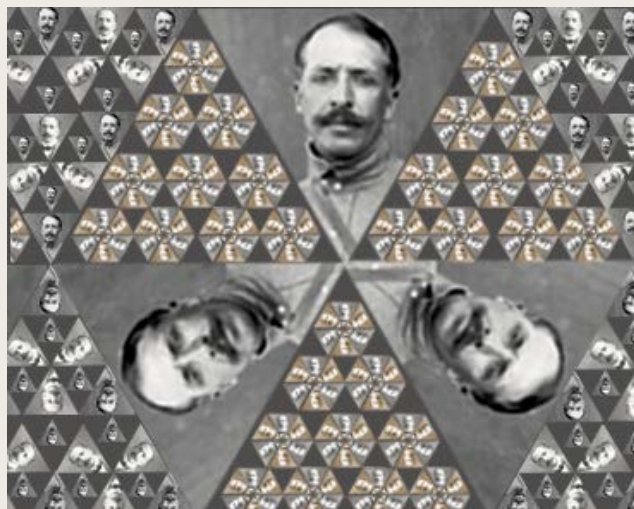
Tal cual lo vislumbró el general Ángeles, a don Pancho se lo tronaron. Aunque había elementos que indicaban que a él también lo asesinarían, primero lo encarcelaron y después nuevamente va al exilio europeo. De él regresa en 1913, pero con una posición muy definida, de inmediato se integra al Ejército Constitucionalista, en Nogales, Sonora.

Después de un tiempo en que Carranza lo mantiene en un trabajo burocrático, aunque con el nombramiento de subsecretario de guerra, Ángeles

se siente frustrado, pero finalmente es trasladado a la División del Norte. En ella desarrollará todos sus conocimientos y capacidades militares, las que pone a disposición del principal ejército de la revolución. De esa forma inicia una nueva etapa en la vida militar y política del general Ángeles.

Un general formado en el ejército federal, educado en academias militares europeas, teórico de la guerra, intelectual militar, pasa a formar parte de la oficialidad de un ejército de campesinos insurrectos cuyos dirigentes son viejos luchadores

sociales que encabezaron combates agrarios en defensa de sus comunidades (así como vaqueros, ferrocarrileros, agricultores...), por lo cual fueron a la cárcel y/o enrolados al ejército como castigo, tal como sucedió a Calixto Contreras.



Además, son acaudillados por otro rebelde que incluso fue abigeo, Francisco Villa, el cual nadie se los impuso como jefe, sino que ellos lo eligieron para dirigir la División del Norte. Lo que se antojaría imposible, Villa y Ángeles, dos orígenes y formaciones absolutamente diferentes, conjugan sus saberes y cada uno acepta y respeta el papel del otro. La explicación que aporta Adolfo Gilly es que “Ángeles era uno de los pocos intelectuales a quienes Villa respetaba, porque era también hombre de acción y conductor de guerra, y sus soldados compartían ese respeto” (pp. 720-721).



Escribiendo sobre el método marxista, Jorge Plejanov, refiriéndose al papel del individuo en la historia, anota en *El papel del individuo en la historia* (1969):

Los talentos aparecen, siempre y en todas partes, allá donde existen condiciones sociales favorables para su desarrollo. Esto significa que todo talento que se ha manifestado efectivamente, es decir, todo talento convertido en fuerza social es fruto de las relaciones sociales.

Es en el ascenso de la ola revolucionaria cuando Villa y Ángeles más se identifican y se complementan mutuamente, normal que entre ellos haya disidencias, mismas que les permiten pulir las estrategias militares y políticas a adoptar. Cuando inicia el declive de la curva ascendente del villismo, las opiniones divergentes de Ángeles con las de Villa evidencian más la diferencia de estrategia política que entre ellos subsistió al mantener Villa su posición Ángeles la respeta y se disciplina a la misma.

En la toma de la Ciudad de México y la decisión de no perseguir a los carrancistas, como lo proponía el general Ángeles, y después en las estrategias para preparar las batallas del Bajío, se evidencia que no son solo había disidencias circunscritas al ámbito militar entre esos dos personajes, sino que es fundamentalmente un disenso en cuanto a la estrategia política, en relación al poder, en la visión de nación en la que nunca pueden ponerse de acuerdo.

Esta diferencia crucial la aborda magistralmente Gilly en *La Revolución interrumpida* (1971):

En opinión de Ángeles, aceptar batalla en el centro era hacer el juego que esperaba Obregón y correr un riesgo serio de derrota. Desde el punto de vista militar aparece como más seguro el plan de Ángeles [...].

Pero, además, el plan respondía a una visión nacional -y burguesa- de la situación militar y política. Buscaba conquistar los elementos que decidirían el triunfo en escala nacional, veía al país como nación, trataba de afirmarse en una zona territorial completa, con recursos propios, un puerto, relaciones internacionales y base para una estructura estatal. [...] La perspectiva de Ángeles buscaba el poder, no la tierra.

Esa profunda diferencia es la que bosqueja cómo terminará la confrontación armada entre Obregón y Villa. “Ángeles y Obregón tendía a ver el país como un todo, Villa –y también Zapata– lo veía por regiones”. Excelente ejemplo para evidenciar que la guerra y la política están profundamente hermanadas. Una es continuación de la otra, parafraseando a Karl Clausewitz.

Para el general Ángeles la posibilidad de poner en acción sus conocimientos teóricos y prácticos de la guerra llega a su fin, el punto culminante sin duda fue la batalla de Zacatecas, su obra maestra, sin menoscabar el gran papel de Villa. Después de los rotundos triunfos militares de la División del Norte, en la orden del día se plantea el problema del poder, y ni Villa ni Zapata lo veían así. Ya es cosa de tiempo para ver cómo “Felipe Ángeles camina hacia su muerte”.

Adolfo Gilly con *La Revolución interrumpida. México 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el poder*, escrita en los años que estuvo encarcelado en Lecumberri, hoy irónicamente Archivo General de la Nación, no obstante las limitaciones para la investigación y el acceso a fuentes primarias¹, estableció un nuevo canon de interpretación de la revolución Mexicana, basado en la metodología marxista, aplicada en ese momento precisamente por un marxista, militante revolucionario encarcelado.

Aunque la academia, llena de mezquindad, trató de ignorarlo, el libro tuvo una acogida impresionante, intelectuales como Octavio Paz lo felicitaban por su aportación, profesores y alumnos desde el nivel de bachillerato, así como los integrantes de la izquierda revolucionaria (de todas las tendencias) que en ese entonces existía y tenía una buena presencia, así como los miembros de los movimientos sociales que en aquella década convulsa de los años setenta abundaban, lo leíamos y discutíamos en los salones de clase y en los círculos de estudio. Hoy el libro tiene vida propia y por méritos propios se ganó su lugar en la bibliografía principal sobre la revolución mexicana.

Con *Felipe Ángeles. El estratega*, Gilly vuelve a mostrar esa vena interpretativa tan cara al marxismo revolucionario, y con ella da continuidad a la *Revolución interrumpida*, textos que abren principalmente en las acciones de las masas y sus líderes naturales, los verdaderos motores de las luchas sociales y revolucionarias, los que en la epopeya de la revolución de 1910 crearon a sus propios dirigentes, a Villa y a Zapata y a tantos más que conformaron el estado mayor de la lucha revolucionaria y de sus ejércitos campesinos.

Nota

1. “Las condiciones peculiares de la prisión explican la imposibilidad de ir hasta el extremo en la consulta de las fuentes, pero fuera de esta circunstancia secundaria no implican ninguna limitación especial en el rigor y severidad del estudio ni en la reflexión, la elaboración y la formulación de las ideas”, advertía el autor en la “Nota previa” a la primera edición.